

**UNA MIRADA
AL ECUADOR**

**CÁTEDRA ECUADOR
FRONTERAS, VECINDAD
E INTEGRACIÓN**

**MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA**

República de Colombia

Ministerio de Relaciones Exteriores

Presidente de la República

Álvaro Uribe Vélez

Ministro de Relaciones Exteriores

Fernando Araújo Perdomo

Viceministro de Relaciones Exteriores

Camilo Reyes Rodríguez

Viceministra de Asuntos Multilaterales

Adriana Mejía Hernández

Secretaria General

María del Pilar Ordóñez Méndez

Directora de la Academia Diplomática

María Clara Isaza Merchán

Directora de Asuntos Culturales

María Claudia Parias Durán

Coordinación editorial

Comité Editorial Ministerio de
Relaciones Exteriores

Revisión editorial

Marcela Giraldo Samper
Martha Patricia Jiménez

Diseño

La Silueta Ediciones Ltda.

Impresión

Imprenta Nacional de Colombia

ISBN 978-xxxxxxx

Primera edición, 500 ejemplares
Bogotá, febrero de 2008

© Universidad Nacional de Colombia
Instituto de Estudios Políticos y
Relaciones Internacionales (IEPRI)

© Academia Diplomática de San Carlos
Ministerio de Relaciones Exteriores

© Socorro Ramírez
Coordinadora y editora

Primera edición: marzo de 2008
Bogotá, Colombia

Catalogación

Una mirada al Ecuador / ed. Socorro Ramírez –
Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Instituto
de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales:
Academia Diplomática de San Carlos. Ministerio de
Relaciones Exteriores de Colombia, 2007.

Xxx páginas

ISBN: 978-xxxxxxxxxxx

1. Relaciones exteriores 2. Integración 3. Ecuador 4.
Colombia I. Ramírez Vargas, Luz del Socorro, - editora.

Contenido

FRONTERAS, VECINDAD E INTEGRACIÓN CÁTEDRA ECUADOR 17

Socorro Ramírez

PRÓLOGO 29

PRIMERA SESIÓN

CAPÍTULOS DE LA HISTORIA DE LA VECINDAD COLOMBO ECUATORIANA 33

UNA MIRADA DE LARGO PLAZO 35

Socorro Ramírez

CAPÍTULOS DE LA HISTORIA DE LA VECINDAD COLOMBO–ECUATORIANA 39

Jorge Núñez Sánchez

CONOCERNOS MÁS PARA JUZGARNOS MEJOR 81

Francisco Huerta Montalvo

DEBATE 87

NECESIDAD DE MIRADAS CONJUNTAS DE EPISODIOS COMPARTIDOS 93

Socorro Ramírez

SEGUNDA SESIÓN

GRANDES TRAZOS DE LA HISTORIA POLÍTICA DE ECUADOR Y DE LA SITUACIÓN ACTUAL	99
NO SE CONOCE A ECUADOR Y SE SIMPLIFICA SU SITUACIÓN Socorro Ramírez	101
LA NACIÓN ECUATORIANA EN LA HISTORIA Enrique Ayala	105
BIBLIOGRAFÍA	117
ECONOMÍA POLÍTICA DE UNA TRANSICIÓN NO ESTÁNDAR Francisco Gutiérrez	121
CONCLUSIONES	149
BIBLIOGRAFÍA	151
DEBATE	159
UNA MIRADA CONTRASTADA Socorro Ramírez	169

TERCERA SESIÓN

LINEAMIENTOS CENTRALES DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE ECUADOR	173
EXAMEN COMPARADO DE METAS Y ESTRATEGIAS INTERNACIONALES Socorro Ramírez	175

ECUADOR Y COLOMBIA, MÁS EN COMÚN DE LO QUE SE PIENSA 177

Javier Ponce

COLOMBIA – ECUADOR: PLANEACIÓN DE LA POLÍTICA EXTERIOR EN AMBOS PAÍSES 189

Fabio Ocaziones

DEBATE 197

CONVERGENCIAS Y DIFERENCIAS EN LA POLÍTICA EXTERIOR DE COLOMBIA Y ECUADOR 203

Socorro Ramírez

CUARTA SESIÓN

ECONOMÍA ECUATORIANA E INTEGRACIÓN CON COLOMBIA 207

REALIDADES ECONÓMICAS FRONTERIZAS Y BINACIONALES 209

Socorro Ramírez

POCA RELEVANCIA DE LA INTEGRACIÓN ANDINA 213

Marco Romero

CAPACIDAD ECUATORIANA DE ADAPTACIÓN 233

Tomás Uribe Mosquera

DEBATE 245

ECUADOR SIGNIFICA MUCHO PARA COLOMBIA 251

Socorro Ramírez

QUINTA SESIÓN

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y EL MANEJO DE LA RELACIÓN COLOMBO – ECUATORIANA 257

CAMBIOS EN LA RELACIÓN BINACIONAL 259
Socorro Ramírez

LA MIRADA DE UN EDITORIALISTA 263
Joaquín Hernández

LA MIRADA DE UN ANALISTA 281
Germán Rey

LA MIRADA DE UN DIRECTOR 287
Carlos Alberto Patiño Villa

DEBATE 291

TEMAS DE EXPLORACIÓN ACADÉMICA 295
Socorro Ramírez

SEXTA SESIÓN

ECUADOR COMO PAÍS DE EMIGRANTES Y COMO RECEPTOR DE MIGRACIONES Y REFUGIO 299

**NECESIDAD DE UNA MIRADA INTEGRAL A LA
MIGRACIÓN Y AL REFUGIO** 301
Socorro Ramírez

**CORRESPONSABILIDAD COLOMBO – ECUATORIANA
EN MIGRACIONES Y REFUGIO** 305
Freddy Rivera

COLOMBIANOS EN ECUADOR: AGENDA POLÍTICA Y ACADÉMICA	321
Marcela Ceballos	
BIBLIOGRAFÍA	331
ECUADOR ORIGEN Y DESTINO DE LAS MIGRACIONES	333
María Isabel Moncayo	
DEBATE	345
AGENDA INVESTIGATIVA EN TEMAS MIGRATORIOS	353
Socorro Ramírez	

SÉPTIMA SESIÓN

ÁMBITOS FRONTERIZOS COLOMBO – ECUATORIANOS: SITUACIÓN Y DESAFÍOS DE DESARROLLO E INTEGRACIÓN	357
DINÁMICAS TRANSFRONTERIZAS Y ENCRUCIJADAS PARA LOS ESTADOS	359
Socorro Ramírez	
DESDRAMATIZAR Y NO CRIMINALIZAR LA FRONTERA	363
Roque Espinosa	
DECISIONES CON LAS FRONTERAS, NO A PESAR DE ELLAS	377
Ricardo Montenegro	
DEBATE	391

PUNTOS DEL DEBATE SOBRE LA PROBLEMÁTICA FRONTERIZA	399
Socorro Ramírez	

OCTAVA SESIÓN

SEGURIDAD TRANSFRONTERIZA: CONFLICTO COLOMBIANO E INTERACCIONES ECUATORIANAS	403
---	------------

DESENCUENTROS BINACIONALES EN MATERIA DE SEGURIDAD	405
Socorro Ramírez	

URGE SUPERAR CONTEXTO DE DESCONFIANZA MUTUA	411
Francisco Carrión Mena	

“FRONTERIZACIÓN” DE LA RELACIÓN, “SECURITIZACIÓN” DE LA FRONTERA Y MILITARIZACIÓN DE LA SEGURIDAD	425
Alfredo Rangel	

DEBATE	439
---------------	------------

AGENDA INVESTIGATIVA EN MATERIA DE SEGURIDAD	449
Socorro Ramírez	

NOVENA SESIÓN

ECONOMÍAS ILEGALES Y REDES ILEGALES TRANSFRONTERIZAS 451

GRAVES EFECTOS DEL MUTUO DESCONOCIMIENTO 453
Socorro Ramírez

COOPERACIÓN ANTE AMENAZAS TRANSNACIONALES 457
Carlos Espinosa

DROGAS, TRANSNACIONALISMO Y COOPERACIÓN 469
Ricardo Vargas

DEBATE 481

INICIATIVAS COMUNITARIAS A PESAR DEL CONFLICTO 489
Socorro Ramírez

DÉCIMA SESIÓN

RELACIÓN DE ECUADOR CON ESTADOS UNIDOS 491

**DISTINTAS REALIDADES Y OPCIONES QUE
TENSIONAN LA RELACIÓN BINACIONAL 493**
Socorro Ramírez

**ECUADOR Y ESTADOS UNIDOS: AGENDAS DISTINTAS
SIN CONFRONTACIÓN 495**
Adrián Bonilla

**RELACIÓN CON ESTADOS UNIDOS JUEGA DE MANERA
DISTINTA A CADA LADO 513**
Diana Rojas

**RELACIÓN DE COLOMBIA CON ESTADOS UNIDOS,
EXCLUSIVA Y EXCLUYENTE** 517

Arlene Tickner

DEBATE 523

PUNTOS ÁLGIDOS DE DEBATE 533

Socorro Ramírez

UNDÉCIMA SESIÓN

**EDUCACIÓN Y CULTURA EN LA
INTEGRACIÓN** 535

LAS AGENDAS CULTURALES Y EDUCATIVAS 537

Socorro Ramírez

**INCORPORAR LA REALIDAD Y LA INTEGRACIÓN
EN LA EDUCACIÓN** 539

José María Leyton

DEBATE 547

**LO EDUCATIVO Y CULTURAL EN EL PROGRAMA
COLOMBIA ECUADOR** 553

Socorro Ramírez

DUODÉCIMA SESIÓN

**ECUADOR Y COLOMBIA EN LA
DINÁMICA ANDINA Y SURAMERICANA
DE INTEGRACIÓN** 555

RUMBOS IMPREDECIBLES DE LA CAN 557
Socorro Ramírez

**COLOMBIA Y ECUADOR ENTRE DOS PROYECTOS DE
REGIONALIZACIÓN EN CONFLICTO** 561
César Montúfar

BIBLIOGRAFÍA 579

RECONCEPTUALIZAR LA INTEGRACIÓN 581
Edgar Vieira

**CONFRONTACIONES Y VASOS COMUNICANTES
SURAMERICANOS** 591
Socorro Ramírez

DECIMOTERCERA SESIÓN

**EL ESTADO DE LA RELACIÓN COLOMBO
ECUATORIANA** 597

**CELEBRAMOS EL RETORNO DEL EMBAJADOR
DE ECUADOR** 599
Socorro Ramírez

**NUEVO CONTEXTO DE LAS RELACIONES
ECUATORIANO-COLOMBIANAS** 603
Pablo Celi

**EL PLAN ECUADOR, UNA OPORTUNIDAD PARA EL
DESARROLLO FRONTERIZO** 613
Alejandro Suárez

DEBATE 621

ENCRUCIJADAS DE LA RELACIÓN COLOMBO-ECUATORIANA Socorro Ramírez	631
GLOSARIO DE SIGLAS	643
ANEXO 1	653

SEGUNDA SESIÓN

**GRANDES TRAZOS
DE LA HISTORIA
POLÍTICA DE
ECUADOR Y DE LA
SITUACIÓN ACTUAL**

Bailando al borde del precipicio **Economía política de una transición no estándar***

Francisco Gutiérrez **

¿Por qué ha sobrevivido la democracia en Ecuador? Cualquier intento de respuesta debe explicar en forma simultánea la capacidad relativamente alta –en el contexto andino-- del régimen para tramitar fuertes conflictos y tensiones, y la proclividad de ese mismo régimen a caer en ciclos de inestabilidad. En efecto, si se hace un conteo del número de rupturas relativamente serias del régimen político, Ecuador resulta ser el país más inestable del área andina (cuadros 1 y 2).

* Este texto contó con la colaboración de María Teresa Pinto. Agradezco a Simón Pachano, quien gentilmente proporcionó el grueso de la información cuantitativa para el trabajo. Estos resultados son producto del trabajo para el proyecto de la DIB, “Crisis de los partidos políticos en los países andinos”.

** Profesor del IEPRI de la Universidad Nacional de Colombia.

CUADRO 1. RUPTURAS DEMOCRÁTICAS EN EL ECUADOR*

PRESIDENTE	RUPTURAS
León Febres Cordero (1984-1988)	No reconocimiento de la Corte Suprema hecha por el Congreso (1985), ministro de Gobierno, Luis Robles Plaza censurado y destituido por el Congreso por violación a los derechos humanos, Febres lo mantuvo (Montúfar, 2000:117). No aceptación de las resoluciones del Tribunal Constitucional de Garantías (TGC) declarando la inconstitucionalidad de sus actos. Varios juicios al gobierno y censura a los ministros. Revuelta de oficiales en 1985. Amnistía a revuelta de oficiales de 1986 (Montúfar, 2000:117, 118). Presidente apresado por Frank Vargas Passos. Tiene que negociar con él y le da una amnistía (1987)
Rodrigo Borja (1988-1992)	
Sixto Durán Ballén (1992-1996)	Escándalo financiero, finalmente tumba al vicepresidente y hombre fuerte de la reforma económica, Alberto Dahik
Abdalá Bucaram (1996-1997)	Múltiples escándalos, que culminan con la destitución del presidente por incapacidad mental. La discusión sobre quién lo reemplazará crea un vacío institucional de varias semanas y, finalmente, es nombrado un gobierno interino presidido por Fabián Alarcón (1997-1998), en medio de la división del Congreso
Jamil Mahuad (1998-2000)	Cae el presidente como consecuencia de haber decretado la dolarización, el aumento del precio de los hidrocarburos y el congelamiento de las cuentas bancarias. Breve golpe militar (tres días) en el que participa activamente el movimiento indígena
Gustavo Noboa (2000)	

* No se incluyen los presidentes interinos.

CUADRO 2. CRISIS POLÍTICAS Y PERÍODOS DE GOBIERNO

TIPOS DE CRISIS	1979-84	1984-88	1988-1992	1992-95
Destitución presidente	3	7	1	5
Dimisión presidente	2	8	2	4
Disolución congreso	2	3	-	1
Plebiscito	4	11	1	3
Rumores de golpe	12	15	1	3
Totales	23	44	5	16

Fuente: Tomado de Sánchez Parga (1998:113).

Durante el gobierno de Febres Cordero –el segundo después de la transición democrática de 1979–, hubo por lo menos dos episodios en extremo graves: el conflicto entre el presidente y el Congreso por el nombramiento de la Corte Suprema de Justicia, que desembocó en el envío de tanques al edificio del parlamento; y el apresamiento del presidente por paracaídas en 1987.

Durante el gobierno de Sixto Durán Ballén (1992-1996), un enorme escándalo financiero terminó tumbando al cerebro de la reforma económica, el vicepresidente Dahik. Los siguientes dos gobiernos –el de Abdalá Bucaram y de Jamil Mahuad– no terminaron su período constitucional. Estos son solo algunos ejemplos entre muchos posibles.

La otra cara de la moneda es que Ecuador es un caso extraordinario de supervivencia democrática. Mientras que en Perú y Venezuela se produjeron colapsos a gran escala, y en Colombia la estabilidad institucional convive con una sangría dolorosa y prolongada, en Ecuador, pese a las continuas turbulencias, el régimen se ha mantenido pacíficamente en pie.

Hay división de poderes, libertades públicas, elecciones competitivas, y una intensa movilización ciudadana. Las intentonas de escapar de la democracia, ya sea vía golpe o concentración de los poderes en el presidente, han fracasado.

Esta paradoja se expresa desde un punto de vista “fenomenológico” de la siguiente manera: junto con los otros países andinos, los ecuatorianos se encuentran entre el grupo de los más insatisfechos con la “democracia realmente existente” de América Latina¹. A la vez, los políticos rara vez han propuesto salir de la democracia –al estilo de la de Fujimori–, sino solo producir quiebres parciales. Este vacío no se puede achacar, como se verá, a falta de tradiciones y concepciones autoritarias. ¿Qué incentivos han per-

¹ En 1993 solo 8% de los encuestados tenía confianza en los partidos políticos, 11% en el Congreso, 16% en las fuerzas de seguridad y 28% en el sistema electoral (Equipo de Coyuntura, 1994:8). Como en otros países andinos, el eslabón más débil de la legitimidad democrática eran las autoridades elegidas (véase, por ejemplo, Freidenberg, 2000 y Ortiz, 1993). Se trata al parecer de una constante del período democrático; ya en 1982 se notaba un claro malestar con las instituciones (Polibio Córdova, 1999:106 y 107; también Ortiz, 1993).

mitido que los actores políticos permanezcan “adentro”, a pesar del intenso malestar de casi todos ellos, de los severos bloqueos institucionales y de un estilo político ferozmente confrontacional?

El conjunto de mecanismos que permiten la combinación de ambos factores –inestabilidad crónica y supervivencia democrática– será el foco de este artículo. Se desarrolla la siguiente simple línea de argumentación. La transición ecuatoriana no es solo de régimen político sino de modelo de desarrollo. Las dos transiciones superpuestas –democrática nacional, y de modelo de desarrollo– han convivido mal, y en ocasiones han ido en direcciones francamente opuestas (Conaghan y Malloy, 1994). Sin embargo, solo condiciones adicionales, típicamente ecuatorianas –la historia y el papel *sui generis* de los militares y las peculiaridades de la política civil ecuatoriana– han generado *simultáneamente* las condiciones para que la democracia se sostenga y para que haya continuas turbulencias.

Tales condiciones se pueden ver desde dos perspectivas. Primero, la pregunta clave de Przeworski (1991) acerca de las transiciones democráticas aparece con los términos invertidos: ¿qué incentivos tienen los trabajadores y el movimiento indígena (no los capitalistas) para permanecer dentro del régimen? Segundo, la alternación en el poder es extraordinariamente traumática: el paso de la oposición al gobierno no se produce como una función regular de la democracia (ciertamente, definitoria) sino como una “tragedia”.

Para reflexionar acerca de los mecanismos de esta democracia atribulada pero pacífica, he dividido el artículo en cuatro partes. En la primera, explico por qué la existencia de la democracia en Ecuador constituye aparentemente un “milagro termodinámico”. En la segunda, examino los factores que podrían hacer de tal milagro algo no menos atractivo y extraordinario, pero sí más inteligible. Presento un modelo en donde el papel de los militares en relación con las peculiaridades del sistema político ecuatoriano es central. En la tercera, discuto los problemas de la alternación. Aquí trato de encontrar algunos de los múltiples hilos que vinculan la intermediación política a la conflictividad social, y que dan a la democracia ecuatoriana muchas de sus características específicas. Al continuar con el argumento

central, me esfuerzo en mostrar cómo las preferencias políticas de los ecuatorianos “cercan” las políticas públicas, manteniendo al mismo tiempo la turbulencia y la institucionalidad democráticas. En la cuarta, me pregunto por la adaptación mutua entre políticas de ajuste y democracia y el efecto que tiene sobre el enfrentamiento entre diversos sectores que luchan por recursos escasos. En las conclusiones, me concentro en los mecanismos que permiten que esta “democracia al borde de un ataque de nervios” evite –casi milagrosamente– el colapso y a la vez se mantenga dentro de su inestabilidad crónica. Intentaré a lo largo de todo el texto interesarme simultáneamente en el qué y en el cómo.

1. INTERROGAR A LA TRANSICIÓN ECUATORIANA

Hay dos maneras de enfrentarse a la relación entre historia y transiciones democráticas. La primera –que bautizaré más o menos arbitrariamente “historicista”-- insiste en la existencia o no de conjuntos de relaciones, tradiciones, destrezas, y horizontes mentales, favorables en algún sentido a la democracia y construidos lentamente en un prolongado proceso histórico. En particular, Moore enfatizó en la vía de construcción capitalista como variable clave para entender los desenlaces del régimen político (Moore, 1996; Skocpol, 1998; Smith, 1983)².

La segunda –“markoviana”-- centra su atención en el contraste entre el período inmediatamente anterior y el inmediatamente posterior a la transición. El interés de este contraste es doble. Por una parte, indagar si las dinámicas estratégicas que condujeron a la democracia producen equilibrios virtuosos que mantengan al nuevo régimen como un acuerdo que se autorrefuerza. Parafraseando a Przeworski (1991), se trata de darle incentivos a los capitalistas y a los militares para que jueguen a la democra-

² Algo de ello está en el concepto de “modernización burocrático-autoritaria” de O’Donnell (1988), aunque O’Donnell está pensando en períodos históricos más cortos que los de Moore. No desarrollaremos aquí una evaluación de una (eventual) argumentación siguiendo específicamente los patrones analíticos de Moore, porque cualquier reflexión sobre la transición debería poder explicar simultáneamente la dictadura y la democracia.

cia, manteniendo a la vez los principios fundamentales de esta. Por otra, evaluar si el conjunto de la población está mejor en la democracia que en la dictadura. Es el período inmediatamente anterior el que constituye el patrón de contraste para los agentes políticos. Estos pueden creer que están en mejor situación sea porque las nuevas instituciones acercan el funcionamiento global del sistema a la frontera de optimalidad —logrando que todos ganen—, sea porque han sido favorecidos por políticas redistributivas que quitan a unos y dan a otros (en relación con el período anterior). Si los agentes, o la mayoría de ellos, o una minoría muy importante, sienten grados altos de insatisfacción con el régimen, no solo con este o aquel gobierno, la democracia será difícilmente sostenible.

Las perspectivas historicista y markoviana no necesariamente son contradictorias, pero tampoco plenamente complementarias: representan dos formas de ver cómo “la historia cuenta” en las transiciones. Pero desde una y otra, la subsistencia de la democracia en Ecuador parece representar un auténtico “milagro termodinámico”. Veamos por qué.

1.1 Perspectiva historicista

En Ecuador hay al menos tres constantes políticas que atentan contra la estabilidad y la sostenibilidad democráticas. La primera es la existencia de poderosas ideas y posiciones antipartidistas (Sánchez López, 1999). La segunda es la tradición golpista del país; los golpes han representado más la norma que la excepción durante largos períodos, y los militares han permanecido como actores políticos incluso en el período democrático. La tercera es el importante papel del populismo en el sistema político. El ciclo populista de Ecuador comenzó aproximadamente en la década de los treinta, y aún no termina. Esta separación es puramente analítica; los tres factores están íntimamente relacionados entre sí.

José María Velasco Ibarra, la figura dominante de la política ecuatoriana desde la década de 1940 hasta la de 1960, condenaba la existencia de partidos políticos.

Hay, pues, que formar no partidos porque el mundo no está hecho para partidos. Hay que formar movimientos. Los partidos son instituciones anquilosadas en la etapa burguesa que ya pasó. La hora actual de este siglo, es la vehemente explosión de las muchedumbres, de los reclamos populares, de los reclamos nacionales. Hay que formar grupos, movimientos...” (Velasco, 2000; Sánchez López, 1999).

La impronta que dejó Velasco Ibarra en el sistema político no se limitó, empero, a las ideas y las expectativas (aunque eso ya sería de por sí suficientemente importante). También implicó modalidades de institucionalización que limitan el margen de maniobra de los partidos, y su sentido como “máquina de agregar intereses diversos”. Ya en 1929 –en el mismo origen de la política de masas moderna-- se inició en Ecuador una fuerte tradición-institucionalización corporativa, refrendada después en la Revolución “Gloriosa” de 1944 (Sánchez López, 1999: 264). En La Gloriosa, alrededor de una cuarta parte del Senado se otorgó con criterios de representación funcional, práctica que siguió vigente después. El corporativismo ciertamente estuvo presente en las dos experiencias militares modernas (1962-1968 y 1972-1979), y aunque la Constitución de 1979 básicamente lo desmontó, aún hoy muestra diversas manifestaciones, aunque su peso real sea objeto de debate.

Entre 1925 y 1948 se sucedieron 27 gobiernos (Pachano F., 1997:30), la abrumadora mayoría de los cuales no terminó su período constitucional; en los veinte años previos a 1979 hubo apenas dos elecciones presidenciales (1960 y 1968)³. Después de 1979, la idea de una alternativa militar sigue estando vigente, y en Ecuador democrático se han producido varios amagos de golpe.

Todos ellos han contado con el respaldo de sectores amplios de la opinión, y también de los sectores populares organizados. De hecho, el último evento de esta naturaleza tuvo como base la iniciativa del movimiento indígena (pero la alianza indígena-militar tenía ya precedentes) (Santana, 1995:95).

³ Y en las que triunfó el líder populista José María Velasco Ibarra (Pachano F., 1997:35).

El populismo ecuatoriano es un fenómeno complejo, sobre el que se han producido numerosos debates (Cueva, 1998; Quintero, 1997; Burbano, 1998; De la Torre, 2001). Analizar los efectos del populismo implica al menos tres problemas de partida. Primero, se trata de una categoría difícil de precisar (Vilas, 1994; Roberts, 1998); segundo, está sometida a constante cambio⁴; tercero, el populismo ecuatoriano es, de manera obvia, un fenómeno bastante *sui generis* y no casa bien con las categorías construidas para estudiar los populismos latinoamericanos clásicos, como el argentino (Burbano, 1998). Sin embargo, sus impactos sobre la relación entre la vida política y la función de gobierno parecen relativamente claros.

Una de las características del populismo –que asumiré aquí como uno de sus aspectos definitorios– es su *irresponsabilidad*, en dos sentidos: se otorga poco valor a las consecuencias futuras de las acciones presentes⁵, y hay desinterés por la estabilidad, que resulta directamente de una ideología antiburocrática y antirrutinaria. De hecho, para los populistas ecuatorianos terminar un período de gobierno es una hazaña extraordinaria⁶. El desempeño del populismo en el poder ha sido casi siempre catastrófico, pese a lo cual ha mantenido, en ocasiones incluso aumentado, su base electoral, un fenómeno que, como señala adecuadamente Burbano (1998), nunca se ha explicado de manera plenamente satisfactoria. Así, en Ecuador existe una corriente con un importante arraigo de masas, que no está en posición de gobernar pero que puede estorbar eficazmente la capacidad de cualquier otro de gobernar. Una consecuencia bastante directa es que el sistema político ecuatoriano se ha construido de manera defensiva, tratando de conciliar dos objetivos: el princi-

⁴ El populismo de Velasco Ibarra era antipartidista, el de los dos Bucaram, Abdalá y Assad, se ha apoyado sistemáticamente en la maquinaria de partidos altamente personalistas pero con un cierto grado de estructuración organizativa. Otro ejemplo, que resalta Cueva (2000), es el abismo que hay entre el discurso sublime, ecuménico y filosofante en el que se apoyaba Velasco, y el verbo agresivo y evocativo de los bajos fondos de los Bucaram. El propio Velasco caracterizaba a Assad Bucaram como “un matón colosal”.

⁵ Y por tanto una alta tasa de descuento de bienes futuros, lo que obviamente debilita los incentivos para “actuar bien hoy y recibir recompensas mañana”. Sin embargo, es claro que precisamente tal comportamiento está en la base de una democracia estable con rendición de cuentas.

⁶ En cierta forma, sin embargo, el de Roldós (1979-1981) es una excepción, puesto que no había ningún indicio de que el curso normal de los acontecimientos fuera a ser interrumpido. Pero Roldós –que encabezaba una coalición entre populistas y demócratas cristianos, que los primeros abandonaron prontamente– murió en un accidente de aviación.

pio mayoritario, y la exclusión del populismo como alternativa de poder⁷. Obtener los dos objetivos simultáneamente equivale a la cuadratura del círculo, un problema al que todavía está enfrentado el sistema político ecuatoriano⁸.

1.2 Perspectiva markoviana

Si la (tremendamente subanalizada) transición democrática ecuatoriana desde 1979 hasta hoy contaba con tradiciones débiles –cosa en la que se encuentra en compañía de países como España, Portugal, Polonia y Argentina, para nombrar solo algunos–, la comparación con los antecedentes inmediatos tampoco son demasiado favorables, y esto sí constituye una especificidad.

Desde 1960 hasta hoy, Ecuador contó con dos regímenes militares: 1962-1968, y el período 1972-1979 que comenzó con el esfuerzo nacionalista de Rodríguez Lara. En contraste con las dictaduras altamente represivas –y frecuentemente desastrosas en lo económico– de otras partes de América Latina, y del sur y el Este de Europa, las ecuatorianas fueron moderadas, reformistas y modernizantes⁹. La primera se inspiró en la Alianza para el Progreso, y comenzó una limitada pero real reforma agraria, así como otros cambios requeridos por distintos sectores de la sociedad, que no habían podido ser desarrollados por el presidente Carlos Arosemena (1961-1962) dado el alto grado de confrontación de la vida pública. La segunda, comenzando con Rodríguez Lara, se apoyó en una amplia visión nacionalista y reformista, obviamente inspirada en la junta peruana de Velasco Alvarado, aunque quizás más moderada. En todo caso, bajo Rodríguez Lara se introdujeron nuevos y profundos cambios, en medio de un espectacular crecimiento del producto interno bruto (PIB) de 9% anual en promedio¹⁰.

⁷ La transición de 1979 se dificultó por el hecho de que las primeras elecciones de la nueva democracia fueran ganadas por un populista, y los militares tuvieron reparos en entregarle el poder. Con todo, esa ha sido por mucho la mejor experiencia –en la mayoría de los casos el acceso de los populistas al poder ha estado marcado, y/o culminado, por rupturas institucionales.

⁸ Por ejemplo, desde el punto de vista de la responsabilidad política, Abdalá Bucaram es una alternativa difícilmente digerible; a la vez, sigue siendo una potencia electoral.

⁹ La literatura social ecuatoriana las tacha regularmente de “desarrollistas”, pero como el término tiene acepciones diferentes, sobre todo en Colombia, uso la expresión modernizante.

¹⁰ Conuerdo con la evaluación de Zamosc (2000) en que la reforma agraria ecuatoriana, pese a sus limitaciones si se compara con la peruana, no puede ser descartada como un simple ejercicio de ilusionismo. Es, por supuesto, un punto abierto a debate e interpretación.

Cuando los militares entregaron la presidencia al primer presidente democrático, Roldós, estuvieron en posición de mostrar un notable palmarés de éxitos. Declaró el general Poveda Burbano en la transmisión de mando:

Antes del gobierno de las Fuerzas Armadas, el país tenía un presupuesto nacional que bordeaba apenas los 5 mil millones de sucres. Actualmente llega a los 27.000 millones. Su reserva monetaria alcanzaba los 600 millones de sucres. En la actualidad ella sobrepasa los 15.000 millones. El Pib era de apenas 47.000 millones. En 1978 superó los 190.000 millones. Las exportaciones eran de 300 millones de dólares. En 1978 llegan a los 1.500 millones...El ingreso per cápita oscilaba cerca de los 200 dólares. Actualmente llega a cerca de los 1.000 dólares” (citado en Cueva, 1998:86).

El progreso en todos los sentidos había sido –o parecido ser– impresionante.

Ciertamente, la evaluación de las fuerzas democráticas iba precisamente en la dirección contraria. El aforismo del que sería primer presidente elegido después de la dictadura, Roldós –“tenemos que echar a andar a un paralítico”–, resumía una triple insatisfacción. En primer lugar, el crecimiento ecuatoriano era insostenible, porque se había construido sobre el endeudamiento externo y la ineficiencia. Entre 1970 y 1980 la deuda externa ecuatoriana creció 19 veces (Pachano F., 1997:377). En segundo lugar, sí que había habido represión –una vez más, viene a cuento una frase de campaña de Roldós: “no olvidaremos”-- que, aunque acotada, no dejaba de ser indignante. Tercero, las reformas no habían sido lo suficientemente profundas, y el espectacular acto de inclusión con el que comenzó la democracia –dándole el derecho al voto a los analfabetas, lo que en la práctica equivalía a meter dentro del sistema político a los indígenas y a amplios sectores campesinos-- subrayó que existía la posibilidad de avanzar más lejos, y más rápido.

Con el tiempo, sin embargo, estas promesas fundacionales de la democracia quedaron a mitad de camino, en el mejor de los casos. El régimen militar había exhibido tanto derroche como corrupción, es cierto, pero la democracia tampoco fue invulnerable a escándalos de todo tipo.

La percepción pública sobre el tema no deja lugar a dudas. En un sondeo del Centro de Estudios y Datos (CEDATOS) de 1997, 44% de los encuestados señaló que creía que los gobiernos democráticos eran más corruptos que las dictaduras, 30% manifestó la opinión contraria y 26% dijo que eran igual de corruptos (Polibio Córdova, 1999:119). Entre tanto, el PIB apenas creció en el período democrático¹¹; de hecho, la agenda del desarrollo ecuatoriano estuvo puntuada por catástrofes (1983, 1988 y especialmente la caída inverosímil de 1999; Salgado, 2001). Se podría alegar que el crecimiento de la década del setenta fue artificial y estuvo apoyado en ritmos de endeudamiento malsanos. Pero Ecuador democrático ha sido un prestador tan compulsivo o más que el régimen precedente. El porcentaje de la deuda externa con respecto del PIB evolucionó en la primera etapa de la democracia de la siguiente manera: en 1974, 11%; en 1978, 30,2%; en 1979, 39%; 1984, 66%; 1988, 116,9%¹².

Así, pues, no parece haber habido la esperada confluencia entre agenda de desarrollo y democracia. Los otros dos aspectos –fin de la represión e inclusión social cada vez más amplia-- requieren una evaluación cuidadosa. Hay avances obvios en muchos sentidos. Aunque efectivamente ha habido violación de los derechos humanos –sobre todo en algunos gobiernos específicos–, Ecuador muestra aquí un desempeño bastante bueno, en medio de una intensa conflictividad social. El contraste –sobre todo con Colombia, Perú y Bolivia, en ese orden-- es notable. Por otra parte, los indígenas han entrado masivamente al sistema político, transformándolo, lo que constituye una inclusión espectacular. Pero los ecuatorianos cada vez creen menos en la política, considerándola un sistema hermético y autorreferido. La confianza en las instituciones, particularmente en las elegidas, es mínimo (cuadro 3). Los niveles de abstención, en un país en el que el voto es obligatorio, son bastante altos, y han venido creciendo. Aunque hay todavía una mayoría de ecuatorianos que prefieren la democracia a la dictadura, los que tienen la opinión contraria son bastantes¹³.

¹¹ “La tasa de crecimiento económico ha sido unas décimas superior a la tasa de crecimiento de la población, es decir, casi cero. Una democracia que arroja estos resultados y que no ha sido capaz de modernizar el país para ponerle a tono con los cambios del mundo es una democracia que no merece altas calificaciones” (Oswaldo Hurtado en Aguirre, 2000:150).

¹² A finales de la década bajó a niveles del 100% –después de un gran esfuerzo.

¹³ Hay que advertir, empero, que las diferencias con otros países andinos no parecen significativas.

CUADRO 3. GRADO DE CONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES

INSTITUCIÓN	Dic-97 (%)	Dic-98 (%)
Las Fuerzas Armadas	69	71
La juventud	69	71
La iglesia	65	63
Los movimientos femeninos	63	62
Los medios de comunicación	54	55
Los noticieros de TV	55	54
La prensa escrita	56	54
La empresa privada	55	53
El sistema educativo	56	52
La policía	24	28
La Corte Suprema de Justicia	27	21
La democracia	47	49
El gobierno	22	44
Los movimientos independientes	39	42
Los dirigentes indígenas	49	36
El Congreso nacional	32	31
El Tribunal Supremo Electoral	20	18
Los sindicatos	16	15
Los partidos políticos	8	9
Los diputados	7	8
El sistema judicial	10	8
Los dirigentes políticos	8	7

Fuente: Polibio Córdova, 1999.

Así, pues, ni desde la perspectiva historicista ni desde la markoviana la democracia ecuatoriana parece apoyada sobre cimientos sólidos. ¿Cómo se explica que haya sobrevivido pese a su (aparente) fragilidad?

2. ANALIZAR LA SUPERVIVENCIA

En este acápite presentaré un modelo de supervivencia democrática en Ecuador, conectándolo tanto con el papel de los militares como con el contexto general de luchas y tensiones sociales que se ha desarrollado entre 1978 y hoy. Argumentaré que el “estado de suspensión alarmada” en el que permanece la democracia ecuatoriana está estrechamente ligado con la tradición de reformismo moderado del ejército ecuatoriano, y la forma en que ella restringe las opciones de salida de todos los actores políticos. Primero presentaré un modelo simplificado –sacrificando realismo en aras de inteligibilidad y poder analítico-- y después introduciré algunos detalles adicionales.

En la versión ultra-simplificada del modelo (que, repito, es un esquema general que no aspira al realismo), hay tres actores: élites socioeconómicas, sectores populares y militares.

Básicamente, se tienen dos situaciones extremas. Por un lado, si hay una tradición golpista reaccionaria, las élites tienen buena opinión sobre el ejército, y existe un contexto internacional desfavorable a la democracia, las élites tienen incentivos y posibilidades para combatir tanto a aquella como a facciones militares de izquierda por medio de golpes militares. Esta es la imagen del militarismo latinoamericano convencional. Por otro, si uno o más de los tres factores están ausentes, los militares tenderán a volver a sus cuarteles y tanto los sectores populares como las élites le apostarán a la “voz” y no a la “salida”. En la Bolivia de principios de la década de 1980, los militares se desacreditaron entre las élites tanto por su impredecibilidad política –bandazos a la izquierda y a la derecha-- como por el manejo de los vínculos con el narcotráfico en el último período dictatorial. En Perú, por la aventura reformista de la década de 1970. Los dos vivieron transiciones

democráticas, en momentos en que además las condiciones internacionales se volvían favorables a la democracia.

Ecuador representa una tercera categoría. Los militares adelantaron – sobre todo entre 1972 y 1979, pero también parcialmente en 1963– una estrategia con un doble contenido. Por una parte, cambio social acotado (reforma agraria, especialmente), aunque sin los bandazos de Bolivia ni las audacias de Perú. Por otra, construcción de diques contra el avance populista.

Como ya se vio, si bien el populismo ecuatoriano es bastante “de derecha” (Cueva, 1998), constituye un factor de perturbación severo por la inestabilidad que conlleva, que en Ecuador es “objetivo”. Podemos suponer pues que las élites se sienten incomodadas –aunque no amenazadas (Isaacs) –por el reformismo moderado, pero halagadas por el papel de último recurso antipopulista que juegan los militares. Por tanto, no les pedirán que vuelvan a los cuarteles completamente: necesitan que estén ahí, vigilantes.

¿Y los sectores populares? Su hostilidad se puede dirigir contra todos los gobiernos democráticos, incluso los populistas, si los perciben contrarios a sus intereses. Los sectores populares tienen como opción preferida reformas profundas y rápidas, llamémoslas radicales, pero si todos los gobiernos democráticos están por debajo incluso del nivel de cambio moderado que ofrecen los militares, entonces tendrán incentivos para apelar a ellos. Es decir, si el desempeño democrático es consistentemente malo en términos de crecimiento y/o redistribución, los sectores populares también tendrán una apuesta por la salida, de la que carecerían si el historial militar fuera reaccionario.

Todo esto significa, en síntesis, que todos los agentes del modelo guardan una opción de salida, lo cual a su vez influye sobre los militares en un doble sentido. Primero, les otorga un papel de árbitros en el sistema político, que en efecto se puede observar desde 1978 hasta hoy (el ejemplo dramático es la caída de Bucarám). Segundo, les da incentivos para seguir actuando en forma moderada, pues de lo contrario perderían las ventajas obtenidas por gozar del monopolio del arbitraje¹⁴.

¹⁴ Es claro que tales incentivos refuerzan una importante inercia histórica. Bustamante* ha argumentado con buenas razones que el trauma de la guerra con Perú en 1941 empujó a

Ahora bien, para que el modelo simple se sostenga, es preciso que en efecto los sectores populares consideren que todos los gobiernos han estado por debajo de lo que puede ofrecer la opción del “cambio moderado”. En la primera sección, se sugirió que el desempeño democrático en el plano económico ha sido inferior al de la dictadura reformista. Aquí, se reforzará este punto desde una perspectiva fenomenológica, de lo que percibe el ciudadano “aquí y ahora”. Como el voto de los ecuatorianos ha favorecido a menudo opciones democráticas que supuestamente deberían encarnar el cambio moderado o algo mejor, esto significaría que hay obvios problemas con respecto de la alternación –dicho de otra manera, la alternación política no tiene mayor relación con la de programa económico. ¿Qué tan cierto es esto? ¿No se contradice con la evidencia obvia de que el ajuste liberal en Ecuador ha procedido por medio de “arranques y frenazos” (*fits and starts*) debido precisamente a la presión popular? Antes de aceptar el modelo simple, es preciso revisar el tema cuidadosamente.

Para Ecuador, el tránsito del período de desarrollo hacia adentro a una economía abierta significó un brusco timonazo que redefinió el mapa de ganadores y perdedores. No me estoy refiriendo solo al paso de un modelo Estado-céntrico a otro mercado-céntrico, aunque haya mucho de verdad en ello, porque varios capitalistas fueron barridos del mapa. El ajuste liberal no favoreció a todos los capitalistas en su conjunto, y tampoco produjo consensos entre ellos.

De hecho una parte del modelo –supresión de las protecciones que generaban ineficiencia y perjudicaban al consumidor-- parecía alentar explícitamente las “destrucciones creativas” que a la larga conducirían a un equilibrio de más alto nivel. En la otra dirección, tampoco afectó uniformemente a los sectores populares. Esto se puede ver bastante bien en el seguimiento de políticas públicas específicas. Medidas como la dolarización, adoptada por Ecuador entre 1999 y 2000, pueden crear problemas muy serios y reales para los exportadores, a la vez que defienden el poder adquisitivo de los asalariados.

los militares ecuatorianos a una posición conciliadora hacia adentro (“cuidar la unidad del frente interno”) para defender las fronteras patrias.

Hechas estas salvedades, el tránsito de un modelo de desarrollo a otro sí parece haber incidido claramente sobre una reconfiguración de las bases sociales del régimen político ecuatoriano. Para decirlo en una palabra, sus resultados simplemente no son alentadores (*véase*, por ejemplo, cuadro 4). En 1990, el salario mínimo real estaba en el nivel de 1974 (Spurrier, 1990:277), en 2000 se situaba por debajo del de 1988, y se había producido una sustancial transferencia del trabajo al capital (Pachano F., 1997:508). Entre tanto, la enorme inclusión política obtenida con el voto a los anal-fabetas se veía compensada con la esterilización casi total a las tentativas reformistas.

CUADRO 4. POBREZA DE INGRESOS, SALARIO MÍNIMO Y DESEMPLEO EN LAS CIUDADES, 1988-2000

AÑO	INCIDENCIA DE LA POBREZA	ÍNDICE DE SALARIO MÍNIMO REAL (1988 = 100)	INFLACIÓN ANUALIZADA (%)
1988	38,9	100,0	79,0
1989	43,1	74,7	61,6
1990	49,1	66,7	49,1
1991	44,8	60,6	48,2
1992	44,1	62,0	64,9
1993	38,4	71,3	31,9
1994	38,3	89,9	24,2
1995	29,2	100,0	22,6
1996	30,6	108,2	25,8
1997	28,0	102,5	30,4
1998	43,0	99,4	44,5
1999	46,0	84,1	50,3
2000	43,2	90,4	104,9

Nota: Definición de pobreza: ingresos mensuales inferiores a 60 dólares.

Fuente: Sistema integrado de indicadores sociales del Ecuador (SIISE, 2001).

El deterioro social ligado a las políticas de ajuste y la redistribución social desde los trabajadores hacia el capital pasa transversalmente por gobiernos de los más diversos signos ideológicos, como lo demuestran Hey y Klak (1999)¹⁵. Pese a una feroz oposición popular, Ecuador realizó su ajuste; a finales de la década de 1990 había completado su liberación comercial, sobrepasando el promedio de América Latina. En casi todas las dimensiones de la reforma estructural estaba rondando los niveles de América Latina (Acosta, 2000)¹⁶. En realidad, como lo sugieren los mismos autores, la única excepción a la “comprensión salarial” que tuvo lugar en el período podría haber sido el gobierno de Febres Cordero, es decir, el de orientación menos reformista y más proclive a los ajustes radicales. Si a esto se suma un panorama de pobre crecimiento –al menos hasta el gobierno del presidente Gustavo Noboa, el promedio de crecimiento en Ecuador democrático estaba cerca al 0%, que comparado con el vigoroso *boom* del período militar es bastante deplorable¹⁷–, el resultado es que el supuesto de que la democracia ha estado por debajo de la oferta de cambio moderado que representan (potencialmente) los militares parece sostenerse bastante bien.

Así, pues, el modelo pasa bien el primer examen. El ajuste sí se llevó a cabo, pese a su naturaleza traumática, y estuvo asociado a un desempeño muy por debajo de las expectativas de los sectores populares durante el período democrático. Una objeción más seria es que ni los sectores populares ni las élites constituyen bloques monolíticos que puedan hacer las veces de actores políticos unitarios¹⁸.

Las élites socioeconómicas ecuatorianas tienen varios problemas serios que dificultan su participación unitaria en la vida pública. Como se vio en la primera parte, carecen de:

¹⁵ Véase también Conaghan (1995), en donde se muestra el esfuerzo sistemático de los gobernantes por “tender un cordón sanitario para defender (insulate) la política económica de la democracia pluralista”.

¹⁶ Quizás con la excepción de la privatización, se pensaría, debido sobre todo a la oposición del ejército.

¹⁷ Pero es preciso recordar una vez más que ese boom estuvo apoyado en factores coyunturales –bonanza petrolera– y pudo no haber sido sostenible. Pero si se supone que el ciudadano básicamente compara situaciones personales y colectivas sobre la base de información incompleta y evaluaciones globales, el balance es negativo para el período democrático.

¹⁸ Agradezco a Simón Pachano haberme insistido en este punto crucial.

- a. Destrezas en el manejo de las instituciones políticas, por el peso histórico del *golpismo* y el *populismo*. Sus vínculos con los partidos son pobres e inestables.
- b. Confianza en el ejército y capacidad de propiciar salidas de fuerza seguras para ellas. Como se vio, el ejército no se considera una institución segura.
- c. Excedentes de legitimidad. Mientras que en otras partes del área andina, como Perú o Colombia, el grueso de los grandes escándalos públicos afectaron básicamente a los políticos tradicionales, en Ecuador también golpearon al sistema financiero y a tecnócratas emblemáticos como Mahuad o Dahik¹⁹.
- d. Tradiciones de acción colectiva. Como el voto populista y de protesta es alto (ver sección siguiente), existe la tentación de actuar como gorrón y conquistar apoyos entre la población insatisfecha a costa de los competidores. El ajuste, o algunas de sus modalidades específicas, también castiga severamente a algunos capitalistas a costa de otros sectores de la población, como la dolarización a los exportadores.
- e. Unidad espacial. El “regionalismo de bloques” ha caracterizado a la política ecuatoriana. En lugar de regiones diversas y relativamente fragmentadas, en tensión dinámica con el centro, en Ecuador hay dos o tres grandes bloques regionales, con sendas tradiciones políticas (Alcántara y Freidenberg, 2001) y enfrentados acerbamente entre sí. Esto dificulta extraordinariamente la construcción de estructuras verticales que soporten políticas nacionales (León, 2002) y pactos estables.

Un modelo más complejo no tomaría ni a los sectores populares ni a las élites como bloques, sino supondría razonablemente que unos y otras tienen tanto convenciones comunes como sistemas de incentivos diferenciados para la acción política. Cada miembro de la sociedad ecuatoriana

¹⁹ No sugiero que en Colombia o Perú los tecnócratas no hayan incurrido en hechos de corrupción; de hecho lo hicieron, y en materia grave. Pero ni en Colombia ni en Perú –hasta la caída de Fujimori– los banqueros y tecnócratas se convirtieron como categoría en objeto de escarnio público. El explicar por qué va mucho más allá de los límites de este artículo.

escoge sus opciones políticas dentro del sistema dependiendo básicamente de sus convenciones (regionales sobre todo), porque tiene la expectativa de poder influir dentro de cada bloque. Sin embargo, al elegir entre voz y salida con relación a la democracia, el sistema de incentivos juega un papel decisivo. Cada actor hace una evaluación probabilística diferenciada con respecto de las opciones de salida concretas y, finalmente, toma una decisión con respecto de salir o quedarse. El célebre y feroz aforismo de Febres Cordero con respecto del golpe de 2000 –“si el país cae en manos de un puñado de indios y soldados encabezaré una secesión”-- dramatiza este proceso. El resultado agregado es similar al del modelo simple, pero no depende del supuesto fuerte de que los sectores sociales actúan como bloques (aunque a veces puedan hacerlo).

3. LAS CONSECUENCIAS POLÍTICAS DEL MODELO

¿Cómo podemos utilizar el modelo para examinar el permanente “baile al borde del abismo” de la democracia ecuatoriana? Hay por lo menos tres perspectivas relevantes para hacerlo: los traumas de la alternación, las dinámicas que empujan a los agentes a denunciar al régimen, y la dificultad de la democracia para formar y mantener lealtades fuertes. Me esforzaré por mostrar que, paradójicamente, cada fractura crea dinámicas democráticas reales.

Ecuador sufre la maldición del gobernante (*incumbentis curse*): ningún partido en el poder ha ganado unas elecciones presidenciales. Es una marca que difícilmente tiene igual en el mundo. Algunos autores han sugerido que simplemente el sistema político ecuatoriano es demasiado desordenado, personalista y volátil para ser inteligible, pero cuando se observan los patrones de voto en las elecciones parlamentarias y subnacionales resulta evidente que la volatilidad es mucho menor. Claramente, al votar por presidente muchos ecuatorianos están expresando rabia e insatisfacción con el gobierno de turno. Más aún, son la izquierda moderada y el populismo quienes han resultado castigados por este proceso. Mientras que en la década de 1980 eran el imán que atraía el grueso del voto, en la década de

1990 perdieron su preeminencia; en 2002 ganó el coronel Lucio Gutiérrez, pero encabezando un movimiento orientado hacia el cambio radical.

El modelo permite entender qué ha estado pasando. Los votantes ecuatorianos se orientaron mayoritariamente hacia el crecimiento con redistribución, esperando que la democracia diera todavía más que la dictadura reformista. Cuando todas las fuerzas en el poder –sobre todo aquellas que supuestamente deberían ofrecer por lo menos la opción del cambio moderado-- mostraron no estar a la altura de las expectativas, buscaron nuevas alternativas, y terminaron votando por el candidato que expresaba la alianza militar-indígena. La inconsistencia entre alternación política y estabilidad de políticas económicas desempeñó un papel fundamental en el proceso.

Esta línea de razonamiento podría brindar la impresión equivocada de que el elector ecuatoriano es impotente. Sería falsa. Algunos aspectos liberales fundamentales de la democracia (Riker, 1982) ecuatoriana se mantienen vigentes: los electores quizás no puedan influir (mucho) sobre la escogencia del programa económico por parte de su gobernante, pero en cambio pueden castigar a quien procede contra sus intereses. Su mandato es débil, pero su capacidad de retaliación es alta. Hay diseños institucionales en Ecuador que permiten que este mecanismo sea particularmente poderoso. Por ejemplo, durante un largo período el Congreso tuvo elecciones cada dos años, mientras que el período del presidente es de cuatro.

Lo que normalmente sucedía es que en la primera mitad del período había gobiernos de mayoría (con las mismas fuerzas dominando en la Presidencia y el Congreso), y en la segunda mitad gobiernos de minoría, siendo el caso más espectacular el de Rodrigo Borja (1988-1992), el líder de Izquierda Democrática, quizás la persona que ostentaba un contraste mayor entre ideología profesada y programa económico real. Los gobiernos de minoría han resultado débiles, y se han enzarzado en fricciones desgastantes con el parlamento, lo que les impide adelantar el ajuste. A esto se debe que el ajuste ecuatoriano haya tenido un carácter tan marcado de “progresar a empujones” (*fits and starts*), en contraste con sus vecinos.

Los dos extremos –casi nulo mandato, pero capacidad real de retaliación-- definen el espacio de posibilidad de la democracia ecuatoriana. Ahora bien, en la medida en que la retaliación es el poder democrático por excelencia, los candidatos tienen razones e incentivos fuertes para denunciar ferozmente al presidente de turno. Pero esto corresponde a un fenómeno más general.

3.1 Fraccionamiento (élites, sectores populares)

Con los elementos desarrollados en los apartados anteriores, la fragmentación y la volatilidad electorales del Ecuador adquieren mayor inteligibilidad. En Ecuador hay una obvia anomalía desde el punto de vista de la “ingeniería institucional”. El estatuto electoral con el que funcionó el primer período de la transición ecuatoriana estaba diseñado para fortalecer a los partidos. El marco general de funcionamiento –Constitución más ley electoral-- era tan severo que incluso prohibía las alianzas en las elecciones pluripersonales (Pachano S., 1997a:68). Sin embargo, no solo fracasó en su empeño, sino que puso a multitud de actores políticos en su contra y, finalmente, fue derribado.

Aunque la ley de partidos de 1978 fue diseñada explícitamente para condensar y racionalizar el sistema de partidos –concluye Conaghan--, no ha tenido ningún éxito en eliminar las tendencias centrífugas que operan dentro del sistema.

¿Cuáles han sido esas fuerzas centrífugas y por qué aparecieron? Podría decirse que se ha producido un “movimiento de tenazas” que ha atrapado a los partidos, dejándolos en una posición de fuera de lugar. Por un lado, el ajuste requiere de una reforma política que debilite a los partidos y las maquinarias. Por otro, el gran éxito de la transición democrática –la incorporación étnica-- dio origen a un movimiento social cuyas principales demandas no casaban con el sistema de notificación característico de las democracias liberales, esto es, con la expresión en las urnas. Si se me permite fantasear con la jerga de rigor, diría provisionalmente que la política posmoderna ha terminado ahogando a las formas típicamente modernas (cuadro 5).

CUADRO 5. PARTIDOS POLÍTICOS DE ECUADOR AGRUPADOS POR TENDENCIA

DERECHA	
PSC	Partido Social Cristiano
PLR	Partido Liberal Radical
PCE	Partido Conservador Ecuatoriano
PUR	Partido Unión Republicana
PNR	Partido Nacionalista Revolucionario
CID	Coalición Institucionalista Demócrata
ARNE	Acción Revolucionaria Nacionalista
PPP	Partido Patriótico Popular
PNV	Partido Nacional Velsquista
POPULISTA	
CFP	Concentración de fuerzas populares
FRA	Frente Radical Alfariata
PRE	Partido Roldosista Ecuatoriano
PCD	Pueblo, Cambio, Democracia
APRE	Acción Popular Revolucionaria Ecuatoriana
PAB	Partido Assad Bucaram
IZQUIERDA	
ID	Izquierda Democrática
DP	Democracia Popular
PD	Partido Demócrata
PDP	Partido del Pueblo
FADI	Frente Amplio de Izquierda
MPD	Movimiento Popular Democrático
PSE	Partido Socialista Ecuatoriano
LN	Liberación Nacional

Fuente: Pachano.

Sin embargo, para entender no solo el qué sino también el cómo seguramente haya que ir más allá de esta constatación (que en realidad es un poco inexacta, como precisaré adelante). Comencemos por preguntarnos si la debilidad partidista del Ecuador es nueva o si todo el ruido alrededor del tema no es una tempestad en un vaso de agua –el deporte predilecto de los politólogos–. Ya se señaló que existe en el país una larga tradición antipartidista. Las debilidades institucionales de los partidos eran evidentes desde mucho antes. Por ejemplo, la volatilidad era alta y el regionalismo estaba firmemente afincado cuando había elecciones antes de 1960 (Sánchez López, 1999:270). El “sistema político ecuatoriano está caracterizado por la

fragmentación de los partidos, el predominio de prácticas no colaborativas y la permanencia de los mecanismos clientelares” (Pachano, 1997a:67).

¿Qué es lo que ha surgido desde la transición iniciada en 1979? Primero, la inestabilidad; los partidos aparecen y mueren con inusitada facilidad. “El sistema de partidos tiene mala calidad principalmente, aunque no exclusivamente, por su fragmentación. A lo largo de estos 17 años hemos tenido más de una decena de partidos políticos” (Hurtado en Aguirre, 2000:150). Son muchos, y muy frágiles. Segundo, la infidelidad. Entre 1980 y 1996, 123 diputados cambiaron de partido y más de 149 se declararon independientes (Sánchez Parga, 1998: 51). A la primera señal de alarma, los políticos abandonan el barco que se hunde, incluso cuando son los capitanes (o miembros del equipo más cercano del capitán). Tercero, el “pluralismo extremo” (Sánchez Parga, 1998, siguiendo a Alcántara y otros), aunque en realidad esta observación debería ser reformulada.

El problema consiste en que, pese al consenso básico acerca de la forma de gobernar –por lo menos en términos de política económica-- no ha habido en otros aspectos convergencia al centro. Por último, la personalización se ha atomizado, un tema que es fácil pasar por alto, pero que parece común a toda el área andina. Mientras que el personalismo siempre ha tenido un gran peso en Ecuador, al cuadro más o menos estable de “grandes personalidades” se ha incorporado una constelación de “personalidades pequeñas”. Podemos estar tranquilos, pues: en efecto sí está sucediendo algo nuevo, distinto.

¿Cómo se puede vincular el conjunto de características –viejas y nuevas-- del sistema ecuatoriano con la economía política de la doble transición? Invito al lector a revisar las figuras, confiando en que una de las muchas ventajas de que haya elecciones es que se pueden hacer afirmaciones basadas sobre el terreno más o menos sólido de los grandes números. Las figuras no están en términos de partidos, sino de tendencias o familias políticas, adhiriendo al sistema clasificatorio de Pachano y con base en cálculos propios²⁰. Advierto, sin embargo, que todos estos números deben ser mane-

²⁰ No he incluido en las figuras la votación indígena, porque solo abarca una parte del período. Incluirlo, con su tendencia a favor de la movilización social y contra el ajuste, solo reforzaría la argumentación que sigue.

ados con cuidado; solo deben ser considerados indicativos. Con todo, creo que, junto con la argumentación que precede a este acápite, sugieren un panorama distinto a un desorden irritante o a una desinstitucionalización masiva e insensata. En particular, propondría las siguientes tesis:

- a. La volatilidad para las elecciones presidenciales es mucho más alta que para las elecciones de diputados nacionales y provinciales y concejales. Es una tendencia histórica que se ha profundizado con los años. Esto refuerza la intuición de que, si dividimos el poder de voto del ciudadano raso en poder de mandato y de retaliación, mientras que el primero es débil el segundo es fuerte, y los electores lo saben. Esperan un cambio en los resultados, pero como no se produce, votan contra la tendencia del presidente saliente. Hay dos conclusiones que dimanen de aquí. Primero, en lugar de puro desorden y ruido, tenemos un sistema con una volatilidad alta pero no inmanejable, en lo que se refiere a cuerpos colegiados, y altísima en el caso del presidente. Segundo, esto último es *positivo*, porque le da sentido a la democracia; es la característica democrática por excelencia del sistema político ecuatoriano. Sin la capacidad de retaliación el ciudadano no tendría demasiadas razones para votar por presidente.
- b. Los ecuatorianos votan mayoritariamente izquierda, después derecha y populista. Con estas preferencias, la segunda transición –el ajuste– es mal vista, así que el supuesto de la votación de castigo se refuerza. Más aún, también las fuerzas de izquierda y populistas son castigadas, por no haber producido alternativas viables²¹. Como se ve en el gráfico, en la década del noventa la derecha alcanza a la izquierda y el populismo sufre un declive.

²¹ No sugiero en lo más mínimo que haya alguna especie de solidaridad entre izquierda y populismo (por ejemplo, en el sentido de que el populismo esté más cerca de la derecha que de la izquierda), lo cual no sería cierto en general, y francamente inverosímil en el caso ecuatoriano. Izquierdistas e indígenas tampoco han actuado siempre juntos. Menos aún existe tal solidaridad entre populistas e indígenas –sí hay algún rasgo en común entre todos los populistas ecuatorianos es su frialdad, en algunos casos franca animadversión, con respecto de los indígenas. En cambio, sí digo que el voto izquierdista y el populista son incómodos para las políticas de ajuste, por razones distintas: programáticas, en el caso de los primeros, y por su irresponsabilidad, en el caso de los segundos.

- c. Los políticos en efecto tienen incentivos fuertes para actuar como gorriones, sea con respecto del programa económico o de su partido en el poder, por la importancia del voto de protesta y del complejo izquierda-populismo. Saben que denuncias radicales pueden dar altos réditos electorales.
- d. Los resultados electorales son “errados”, lo que desata oleadas de reformismo institucional (“búsqueda de certidumbre con respecto de los resultados aún a costa de la incertidumbre con respecto de las reglas”). Son incómodos para el ajuste modernizador. Pero tampoco reflejan el peso del movimiento indígena, que es más que proporcional de lo que se concluiría de apegarse estrictamente a la regla de “un ciudadano, un voto”. Para hacerlos más deseables, Ecuador se ha embarcado en una carrera de reformismo electoral espectacular, que no tiene parangón en el mundo (aunque algunos otros países andinos se le acercan). La reforma electoral es el gran mito de la política ecuatoriana²², y Ecuador democrático no ha tenido dos elecciones sucesivas con las mismas reglas de juego. Esto hace imposible la existencia de instituciones políticas con expectativas y cálculos de largo plazo. La ingeniería institucional ha ayudado a desmontar el sistema político ecuatoriano, tal y como ha sucedido en otros países de América Latina, corriendo tras de resultados deseables²³. Sin embargo, si se ha de creer a la evidencia que se ha venido presentando, el problema no radica en los estatutos electorales, sino en dinámicas estratégicas y sociales relacionadas con la doble transición. Algunos de los síntomas de estas tensiones no son negativos –votos de protesta, sistemas de notificación–, sino que por el contrario garantizan que, con todos sus límites, el juego democrático siga teniendo sentido.

²² Aun en 2002, y después de la Constitución de 1998 cuyo objetivo explícito era obtener la gobernabilidad (cualquier cosa que esto signifique), la última medida del presidente saliente Noboa fue proponer una reforma política.

²³ Para el caso brasileño, véase la estupenda monografía de Fleischer (1996). Para Ecuador, Andrade (1999) ofrece un interesante tratamiento sobre el tema, mostrando la tensión entre los presupuestos de la transición de 1979 y los del reformismo ulterior, que él engloba en el concepto de búsqueda de la gobernabilidad.

Este mapa permite ver ya algunos detalles, pero aún así su nivel de resolución es demasiado débil para observar otros mecanismos, de fundamental importancia. El principal son los aprendizajes estratégicos. Al ser el voto de castigo tan importante, los políticos deben de haber aprendido muy rápidamente que denunciar y atacar daba muy buenos réditos electorales. Si suponemos sensatamente información muy imperfecta por parte de los ciudadanos, podemos creer que se orientarán en un sistema político altamente fragmentado buscando claves *muy* visibles, como el grado de conformismo o la pertenencia regional de los candidatos²⁴. Estos tendrán entonces que esforzarse por exteriorizar su inconformismo con una subasta prosódica (tono de denuncia, insultos al adversario), que en Ecuador ha llegado a niveles extraordinarios. El inconformismo puede ser real o estratégico –cálculo electoral, como el que utilizó Febres contra Borja en la campaña de 1984–, o ambos. Nótese que este mecanismo solo funciona si el voto de protesta y el malestar con las condiciones vigentes son significativos; si las preferencias políticas estuvieran distribuidas de manera distinta, o el programa económico no estuviera fijado por encima de las propuestas partidistas, los candidatos tendrían que buscar otras claves de reconocimiento por parte del elector ²⁵.

Esto nos conduce de nuevo a un mecanismo con retroalimentación positiva. El reconocimiento por el tono de denuncia da espacio para que tanto los populistas como *outsiders* se presenten particularmente cualificados para gobernar: son distintos²⁶, no pertenecen a la maquinaria. Esto obliga a todos los demás a volverse contra la maquinaria, lo que debilita más a los partidos y los inutiliza como clave de reconocimiento, lo que da más incentivos para el personalismo, lo que obliga a hacerse reconocer a través del inconformismo. A la vez, le da un margen de maniobra vital al

²⁴ Dicho de otra manera, los ejes que conforman el espacio político electoral son el grado de radicalidad y la pertenencia regional. La teoría espacial del voto prevé que los candidatos se ubicarán en la mediana electoral (si existe), que en este caso tiende a uno de los extremos. Esto, de paso, explica por qué el relativo acuerdo programático no produce ni pactos ni convergencia al centro.

²⁵ No necesariamente mejores; en algunos países del área andina una clave común ha sido “mano dura”.

²⁶ Algunos votos por los indígenas de la clase media también se explican por este factor.

populismo, lo que sería un elemento adicional para entender su persistencia electoral pese a los fracasos gubernamentales: tanto en términos prosódicos como de identificación regional, el Partido Roldosista Ecuatoriano es muy fuerte ²⁷.

La interpretación que estoy desarrollando también podría mostrar nítidamente un ángulo de la relación entre modernizadores neoliberales y populistas, un tema que ya ha sido tratado con resultados fructíferos (Roberts, 1995; Schedler, 1996; Panfichi, 1997). Debido a razones ideológicas, los primeros son adversarios de los partidos, porque introducen fricción. Pero en Ecuador también tienen razones estratégicas para dirigirse contra ellos, en nombre de la libertad. Los partidos y su corrupción constituyen un excelente blanco, el fundamental y más visible, para participar en la subasta prosódica y crearse un nicho electoral firme. Aunque la existencia de un sistema de partidos fuerte pueda garantizar la estabilidad futura –un bien fundamental para el gobierno y los empresarios–, lo sacrifican en aras de los réditos electorales inmediatos, comportándose así como populistas clásicos con altas tasas de descuento a tiempo presente. No se trata aquí de un comportamiento perverso, o malintencionado, o producto de una errónea cultura, sino del resultado de un sistema de interacciones estratégicas.

Se puede ver claramente que estos procesos juntos triturar a las organizaciones (“la maquinaria”), inhabilitan a los partidos para cumplir su función electoral y atomizan la vida pública. No se trata solo de un *ethos* posmoderno minando las bases de la institucionalidad moderna, sino de la existencia de dinámicas específicas que bloquean la readaptación de las instituciones a las nuevas condiciones.

²⁷ El correlato de la denuncia es la autovictimización, que es central en el discurso populista ecuatoriano. “Además -como lo demuestran las encuestas-- para buena parte de su clientela Bucaram ha sido víctima de la oligarquía” (Pachano S., 1997b:50).

Conclusiones

En la teoría de las transiciones democráticas, los capitalistas tienen incentivos fuertes para desconfiar de la democracia, porque son demográficamente débiles y el principio mayoritario podría poner en riesgo sus propiedades. Cuando están enfrentados a una población radicalizada, o electoralmente hostil, tienen la tentación de recurrir a un golpe. En Ecuador, en cambio, nos encontramos con unas élites que, al menos por el momento, tienen buenas razones para permanecer dentro de la democracia. Los movimientos sociales y los votantes insatisfechos, a su vez, podrían tener incentivos para escapar de ella, en la medida en que sientan que su poder de voto está neutralizado por la estabilidad del programa económico.

Para este escape, tienen alguna probabilidad de apoyarse en una fuerza armada “desarrollista” que dote a una eventual alternativa de un serio soporte tecnocrático.

¿Qué tan fuerte es la tentación de “salida”? Como se vio en este artículo, la verdad es que los movimientos sociales han tenido éxito a la hora de detener, limitar o mermar el ritmo del ajuste, aunque no de establecer alternativas genuinas. Sus dos herramientas básicas son el voto de protesta y la movilización callejera, lo que produce polarización pero *no dentro* del sistema político, sino fuera de él, o en sus bordes.

Un análisis de la actual conflictividad en el Ecuador desde hace poco más de una década de transición a la democracia, demostraría la existencia, en apariencia contradictoria, de un conflicto predominantemente antioligárquico en un régimen democrático, donde las luchas se han vuelto cada vez más ‘reactivas’ contra una creciente exclusión y desigualdad, y contra la concentración y acumulación de la riqueza (Sánchez Parga, 2001:21).

Mientras tanto, las élites ecuatorianas son débiles políticamente. Por desgracia para ellas, el tránsito del período 1 al 2, conlleva necesariamente un intenso activismo estatal y la reconstrucción de numerosas instituciones. Ecuador, en el período contemplado, no ha sido la excepción. Esto, junto con las carencias arriba mencionadas, genera la simultánea necesidad e imposibilidad de hacer política. Necesidad, por los costos que implicaría una opción de fuerza, dadas las restricciones internacionales y las desconfianzas mutuas entre élites y ejército. Necesidad, igualmente, por la urgencia de justificar y legitimar cambios que son percibidos como indispensables, pero que castigan a sectores de la población social y electoralmente relevantes. Imposibilidad, por la falta de simpatía, dirección y familiaridad de grupos sociales fundamentales con las instituciones democráticas claves, como los partidos.

Imposibilidad, también, por la vertiginosa obsolescencia a la que han sido sometidas esas mismas instituciones por la nueva fórmula de gobierno.

En esta tensión entre necesidad e imposibilidad de la intermediación política, Ecuador no se encuentra solo. No se insistirá lo suficiente en que cada país andino muestra un cierto aire de familia; sus conflictos, tragedias, y éxitos están regidos, por así decirlo, por una misma gramática, aunque cada frase sea perceptiblemente distinta. La especificidad ecuatoriana –en el cuadro general de motivos comunes-- parecería clara: el carácter ambiguo –y riesgoso para las élites-- de las soluciones de fuerza; la debilidad de la institucionalidad política; los bajos niveles de cohesión de varios grupos sociales fundamentales y sus organizaciones, internamente y entre sí. Desde esta perspectiva, el conjunto de estas aparentes anomalías obra no solo por defecto –es decir, no constituye sólo un conjunto de carencias o fallas–, sino que genera un delicado equilibrio, con altos costos pero también con resultados sumamente deseables. Los gobernantes ecuatorianos –tanto en la dictadura como en la democracia-- han sido bastante ahorrativos en términos de sangre humana, y esto no deja de ser admirable.

Como creo que resulta del análisis desarrollado aquí, ese “espíritu ahorrativo” no es únicamente producto de una importante tradición –lo que también cuenta-- sino de un complejo paisaje estratégico. Reingenierías del ejército instrumentadas desde afuera para transformarlo en otro tipo de institución constituyen amenazas directas a esta distribución de fuerzas.

Bibliografía

- Acosta, Alberto. 2000. Ecuador: del ajuste tortuoso al ajuste dolarizado... (qué he hecho yo para merecer esto). *Ecuador Debate*. Agosto (50):67-104.
- Aguirre, Milagros. 2000. Controversia - Ecuador hoy: cien miradas. Flacso Ecuador-El Comercio, Quito.
- Andrade, Pablo. 1999. El imaginario democrático en el Ecuador. En: *Debate*. Agosto. (47):247-269.
- Alcántara, Manuel; Freidenberg, Flavio. 2001. Los partidos políticos. En: *América Latina Hoy*. Abril (27):17-35.
- Avilés, Karina; Velásquez, Miguel Ángel. 2001. El presidente indio - Entrevista con Antonio Vargas, líder de la rebelión ecuatoriana. Página web de la CONAIE.
- Bunce, Valerie. 2000. Big and bounded generalizations. *Comparative Political Studies* 33 (6/7):703-735.
- Burbano, Felipe (compilador). 1998. *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*. ILDIS-FLACSO-Nueva Sociedad, Caracas.
- Bustamante, Fernando. 1999. El juego del desconcierto. *Ecuador Debate*. Abril (46):27-36.
- Bustamante, Fernando. 2001. Economía política y economía moral: reflexiones en torno a un levantamiento. En: *Ecuador Debate*. Abril (52):23-34.
- Conaghan, Catherine. 1995. Politicians against parties: discord and disconnection in Ecuador's party system. En: *Mainwaring Scott, Scully Timothy*

- (eds.): *Building democratic institutions. Party systems in Latin America*. Stanford University Press, Stanford:434-458.
- Conaghan, Catherine. 1994. Loose parties, floating politicians, and institutional stress: presidentialism in Ecuador 1979-1988. En: Linz J. y Valenzuela A. (eds.): *The failure of presidentialist democracy. The case of Latin America*. John Hopkins University Press, Baltimore.
- Conaghan, Catherine; Malloy, James. 1994. *Unsettling statecraft. Democracy and neoliberalism in the Central Andes*. University of Pittsburg Press, Pittsburg-London.
- Coppedge, Michael. 1997. The dynamic diversity of Latin American party systems. Paper delivered at LASA meeting, Guadalajara (México).
- Cueva, Agustín. 1998. *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Planeta, Quito.
- De la Torre, Carlos. 2001. Política y economía en los nuevos y viejos populismos. *Ecuador Debate*. Agosto (53):73-86.
- De la Torre, Carlos. 1997. *La seducción velasquista*. Ediciones Libri Mundi-Flacso (Ecuador).
- Equipo de Coyuntura CAAP (Centro Andino de Acción Popular). 1995. La caída de Dahik: dos derechas y un camino. En: *Ecuador Debate*. Diciembre (36):17-24.
- Equipo de Coyuntura CAAP. 1994. Ecuador: la coyuntura de 1993 y perspectivas para 1994. En: *Ecuador Debate*. Abril (31):8-52.
- Equipo de Coyuntura CAAP. 1993. Aspectos de la coyuntura ecuatoriana a fines de 1993. *Ecuador Debate*. Diciembre (30):8-41.
- Fleischer, David. 1996. Las consecuencias del sistema electoral brasileño. Partidos políticos, poder legislativo y gobernabilidad. *Cuadernos de Capel (IIDH-CAPEL)* (39).

- Frank, Edwin; Patiño, Ninfa; Rodríguez, Marta. 1992. *Los políticos y los indígenas*. Abya Ayala, Quito.
- Freidenberg, Flavio. 2000. Percepciones ciudadanas hacia la democracia y las instituciones políticas en los países andinos. *Ecuador Debate* (50):205-218.
- Freidenberg, Flavio; Alcántara Manuel. 2001. Cuestión regional y política en Ecuador, partidos de vocación nacional y apoyo regional. *América Latina Hoy*. Abril. (27):123-152.
- Gutiérrez, Francisco. 1996. Dilemas y paradojas de la transición participativa. *Análisis Político* (29):35-53.
- Hey, Jeanne; Klak, Thomas. 1999. From protectionism towards neoliberalism: Ecuador across four administrations (1981-1996). *Studies in International Comparative Development*. 34 (3):66-98.
- Hirschman, Albert. 1977. *Salida, voz y lealtad*. Fondo de Cultura Económica (México).
- Hirschman, Albert. 1964. *Estudios sobre política económica de América Latina. En ruta hacia el progreso*. Aguilar, Madrid.
- Ibarra, Hernán. 2001. Caducidad del Estado nacional, demandas étnicas y conflicto regional - entrevista a Abdrés Guerrero. En: *Ecuador Debate*. Abril (52):117-126.
- Ibarra, Hernán. 1994. Tendencias sociales y políticas de las elecciones de mayo de 1994. *Ecuador Debate*. Agosto (32):90-100.
- Kenneth, Roberts. 1998. El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano. En: Marfúa Moira MacKinnon, Mario Alberto Petrone (compiladores). *Populismo y neopopulismo en América Latina*. Eudeba, Buenos Aires.
- Kenneth, Roberts. 1995. Neoliberalism and the transformation of populism in Latin America: the Peruvian case. *World Politics* (48):82-116.

- León, Jorge. 2002. Un sistema político regionalizado y su crisis. Policopiado.
- León, Jorge. 2000. Versiones de los protagonistas: los hechos históricos y el valor de los testimonios disidentes. En: Varios: *Sismo étnico en Ecuador*. Cedime-Abya Ayala, Quito:113-145.
- Menéndez Carrión, A. (editores). Año. *Violencia en la región andina: el caso de Ecuador*. FLACSO, Quito:167-192.
- Moore, Barrington. 1966. *Social origins of dictatorship and democracy: Lord and peasant in the making of the modern world*, Beacon Press, Boston.
- Moncayo Gallegos, Paco. 1995. *Fuerzas armadas y sociedad*. Universidad Andina Simón Bolívar-Corporación Editora Nacional, Quito.
- Montúfar, César. 2000. *La reconstrucción neoliberal. Febres Cordero o la estatización del neoliberalismo en Ecuador 1984-1988*. Abya Ayala, Quito.
- Ortiz, Pablo. 1993. Tres apuntes acerca del desinterés ciudadano por la política en los Andes. *Ecuador Debate*. Diciembre (30):80-90.
- O'Donnell, Guillermo. 1988. *Bureaucratic authoritarianism: Argentina, 1966-1973 in comparative perspective*. University of California Press, Berkeley.
- Pachano, Fernando (Editor). 1999. *La ruta de la gobernabilidad*. Cordes-Cooperación Española, Quito.
- Pachano, Simón (coordinador). 1997a. *Modernización de las instituciones democráticas: el Congreso*. FLACSO-Fundación Konrad Adenauer, Quito.
- Pachano, Simón. 1997b. Ecuador: Bucaram, ¡fuera!; Bucaram, ¿fuera? En: *Anuario social y político de América Latina y el Caribe*. Año 1:42-50.
- Pachano, Simón. 1991. *Los diputados: una élite política*. Corporación Editora Nacional, Quito.
- Páez Cordero, Alexei. 1994. Narcotráfico y violencia en el caso ecuatoriano. En: Echeverría J. y Panfichi Aldo (1997). *The authoritarian alternative:*

- anti-politics in the popular sectors of Lima*. En: Chalmers D., Vilas C., Hite K., Martin Scott, Piester K., Segara M. (eds.). *The new politics of inequality in Latin America*. Oxford University Press, Oxford:217-237.
- Parlamento Latinoamericano. 1997. *Manual de los partidos políticos en América Latina*. Irela, Madrid.
- Przeworski, Adam. 1991. *Democracy and the market*. Cambridge University Press.
- Polibio Córdova, Ángel. 1999. Opinión pública y realidad nacional. Los últimos 25 años. *Ecuador Debate*. Abril (46):95-122.
- Przeworski, Adam. 1991. *Democracy and the market*. Cambridge University Press.
- Quintero, Rafael. 1997. *El mito del populismo*, Universidad Andina Simón Bolívar-Abya Ayala, Quito.
- Rendón, Natalia. 1995. Partidos políticos: ¿héroes o villanos? *Ecuador Debate*. Diciembre (36):49-61.
- Riker, William. 1982. *Liberalism against populism. A confrontation between the theory of democracy and the theory of social choice*, Waveland Press, Prospect Heights.
- Salgado, Wilma. 2001. Dolarización: del vértigo devaluador a la pérdida de la competitividad. *Ecuador Debate*. Abril (52):7-22.
- Sánchez López Francisco (1999): El mundo no está hecho para partidos. Elementos para el análisis de los partidos políticos en el Ecuador temprano. *Ecuador Debate*. Abril 46: 257-272.
- Sánchez Parga, José. 2001. Transformaciones del conflicto, decline de los movimientos sociales y teoría del desgobierno. *Ecuador Debate*. Agosto (53): 19-40.

- Sánchez Parga, José. 1999. Los mass media contra la opinión pública. *Ecuador Debate*. Abril (46):73-94.
- Sánchez Parga, José. 1998. *La pugna de poderes. Análisis crítico del sistema político ecuatoriano*. Abya Ayala, Quito.
- Sánchez Parga, José. 1993. El gobierno estatal y la gobernabilidad. Entrevista a Mario Ribadeneira y Pablo Lucio Paredes. *Ecuador Debate*. Diciembre (30):54-66.
- Santana, Roberto. 1995. Ciudadanos en la etnicidad. Los indios en la política o la política de los indios. Abya Ayala, Quito.
- Sawyer, Suzana. 1997. The 1992 Indian mobilization in lowland Ecuador. *Latin American Perspectives*. 24 (3):65-76.
- Schedler, Andreas. 1996. Anti-political-establishment parties. *Party Politics*. 2 (3):291-312.
- SIISE. 2001. El saldo social de la década de 1990: aumento de la pobreza y concentración del ingreso. *Íconos*. Julio (11):30-41.
- Skocpol, Theda (editor). 1998. *Democracy, revolution, and history*. Cornell University Press, Ithaca and London.
- Smith, Dennis. 1983. *Barrington Moore: a critical appraisal*, ME Sharp, NY.
- Stokes, Susan. 1999. What do policy switches tell us about democracy? En: Przeworki Adam, Stokes Susan, Manin Bernard (eds.). *Democracy, accountability and representation*. Cambridge University Press:98-130.
- Stokes, Susan. 1997. Are parties whatis wrong in Latin America?, delivered at LASA meeting, Guadalajara (México).
- Varios. 2001. *Nada solo para los indios. El levantamiento indígena del 2001. Análisis, crónicas y documentos*. Abya Ayala, Quito.

- Velasco Ibarra, José María. 2000. *Una antología de sus textos -estudio introductorio de Enrique Ayala Mora*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Vilas, Carlos (compilador). 1994. *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Zamosc, León. 1994. Agrarian protest and the indian movement in the Ecuador highlands. *Latin American Research Review*. 29 (3):37-68.